



EL SOLDADITO DE PLOMO

Cuento escrito por el escritor y poeta danés Hans Christian Andersen (1805-1875)

Intérpretes: el niño, el soldadito de plomo, la bailarina, el duende negro, la rata

1) Versión del niño

Siempre tuve mucha suerte. Casi todos los juguetes que quería los conseguía tarde o temprano. Sin embargo, los soldaditos de plomo se me resistían. Quizá no había sido lo suficientemente insistente con mis padres. ¡Hasta aquel día...! Como lo recuerdo... Estaba divirtiéndome con el decorado que acababa de montar: un castillo gigante, un espejo que me había servido como lago, algunos cisnes “bañándose” en él, y la bailarina haciendo ejercicios junto a la torre, haciendo de guardiana de la fortaleza.

¡Que gran sorpresa me dieron! Una caja con ¡25 soldados! Los puse rápidamente a desfilar. Aunque había uno con un pequeño defecto, se mantenía firme como los demás y lo incluí en el escuadrón. Pase una tarde muy divertida, terminé rendido y me acosté.

A la mañana siguiente tuve que recoger todo para desayunar. Recuerdo que puse a los soldaditos junto a la ventana. Un gran error, porque una corriente de aire hizo que uno de ellos, el soldado con una sola pierna, cayese a la calle. Aunque bajé rápidamente a buscarlo, desde entonces no he vuelto a ver al pequeño muñeco... ¿qué pasaría?

2) Versión del soldadito

Soy el pequeño de 25 hermanos. Nacimos de una misma pieza de plomo. Nos inscribieron, sin preguntarnos, en el mismo regimiento. Al menos eso creo, porque vestíamos igual.

Lo primero que oí, al poco de nacer, fue el grito de alegría de un niño: “¡Soldaditos de plomo!” Luego me enteré de que éramos su regalo de cumpleaños. Al minuto de estar en sus manos ya estábamos desfilando. Descubrí entonces que yo no era igual que el resto de mis hermanos. Al ser el último en nacer, mi padre se quedó sin plomo y no pudieron terminar una de mis piernas. Pero a fuerza de tesón logré mantenerme igual de erguido y firme que el resto de la familia.

También mi primer amor llegó muy temprano. Allí, junto a un castillo de papel, una bella joven permanecía quieta mañana y noche. Qué guapa era, no podía dejar de mirarla desde el primer momento... tan delicada....

Aquel día también fue el comienzo de mi pesadilla. Cuando mis hermanos se habían ido a dormir, de una caja surgió un duende negro. No me digáis por qué, pero lo único que me dijo es que no mirase a la bailarina. Obviamente no le hice ni caso. Tal vez por esto, cuando me colocaron junto a la ventana, una extraña corriente de aire hizo que me precipitara hacia el abismo. Imaginaos, tres pisos, fue terrible. Lo pienso hoy y aún se me pone el plomo de punta.

Llovía mucho y la corriente me arrastró. Terminé en una oscura alcantarilla. Confieso que pasé mucho miedo cuando apareció aquella terrible rata que me pedía el pasaporte para entrar en su reino. Conseguí huir, pero el canal de la cloaca terminaba en una inmensa catarata. Entonces un pez me escogió como aperitivo. Aquella desagradable experiencia fue breve, antes de que pudiese darme cuenta salí de su tripa y vi otra vez la luz porque el pez fue capturado por un pescador, que lo llevó al mercado donde, aún fresco, fue vendido.

Aparecí en una cocina que me era familiar, ante el asombro de la señora que preparaba la comida. ¿Creéis en las casualidades? Aquella era la casa donde estaban mis hermanos y aquel niño tan cariñoso, pero sobre todo era la casa de mi linda bailarina, que seguía exactamente en la misma posición. Me emocioné, y nos miramos fijamente. Y fue entonces cuando pasó lo que tenía que pasar...



3) Versión de la bailarina

Siempre he sido tímida. Creo que por no hablar cuando debí hacerlo fui condenada a abandonar el ballet y reconvertirme laboralmente. Como portera del castillo no se vivía mal, aunque todo era un poco monótono. En mis ratos libres no olvidaba mi verdadera vocación y hacía ejercicios de estiramiento observando a los cisnes del lago.

Un día no me fijé en ellos sino en un apuesto soldado que, desde la lejanía, me miraba constantemente. Ahí comenzó todo. Pero siempre me pasa que, en el momento en el que me gusta alguien, sale huyendo. Así ocurrió esta vez, desapareció durante varios días sin dejar rastro. Sus hermanos me contaban que había sido cosa del duende, que si un accidente, que si la ventana que estaba abierta...

Pero esta vez, el final fue diferente; tras un tiempo apareció -oliendo a pescado eso sí-, y me declaró su amor. Me rendí, hubiese hecho cualquier cosa por aquella mirada. Así que tomé la decisión adecuada, y si volviese a nacer lo haría otra vez igual.

4) Versión del duende negro

Cuanto tiempo tuve que esperar encerrado en aquella caja oscura y fría... Pero en el momento en el que dieron las doce en punto de la noche ¡crack! Rompí la tapa y salí al exterior.

Aquel pobre soldado no me cayó mal, incluso me daba pena, por eso le advertí, por eso le dí esa oportunidad... Sin embargo, no me hizo caso, así que no tuve más remedio que soplar un poco... Bueno, el resto ya lo sabéis, je, je, je.

Por mucho que sobreviviese a mil aventuras, hay pocas cosas que se me resistan, así que solo tuve que esperar el momento adecuado...

5) Versión de la rata

A veces viene gente rara a verme. Ese día estaba disfrutando de mi querida oscuridad y apareció, de repente ¡un soldado de plomo sobre un barco de papel! Mira que me he encontrado cosas extrañas, pero nunca nada parecido. Le exigí que me enseñara el pasaporte, no todo el mundo puede entrar a mis dominios y moverse en ellos “como Pedro por su casa”. Pero el soldado no me hizo ni caso, así que no me quedó más remedio que perseguirle para intentar expulsarle. ¿Qué queréis? ¡A nadie le gusta que le molesten cuando está tranquilo en su propio salón!



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Fábula de Esopo (adaptada por Jean de la Fontaine y F. M. Samaniego)

Intérpretes: La cigarra, la hormiga



1) Versión de la cigarra

En cuanto llega el verano me encanta tomar el sol, disfrutar de la playa o la piscina, cantar canciones hasta el amanecer. Vivo con lo que voy pillando, ya sabéis: un cachito de verde por aquí, otro cachito de palo por allá, calmando el hambre.

Pero, tengo que reconocerlo, no me paré a pensar en que después del verano viene el otoño, con la caída de las hojas y de todo el color. Y tras el otoño, el duro invierno y el frío polar.

Y esa vecina que siempre me pareció tan aburrida, preocupada por almacenar y almacenar cosas, sin vivir el momento, al final creo que tenía razón. Ella, en su casa, caliente, tal vez viendo la televisión y con la tripa llena. Y yo, congelada, sin lugar donde dejarme caer y con un hambre voraz. Por eso decidí pedir ayuda.

El resto ya lo sabéis. Creo que soy incorregible. No tengo solución. Aunque pensándolo bien... en dos días será primavera de nuevo.... je je je

2) Versión de la hormiga

Mi vecina se debe creer que a mi me encanta esto de tirarme todo el año trabajando sin parar, almacenando cosas, planificando el tiempo que sé que vendrá.

Envidio por momentos esa manera de ver la vida, disfrutando del momento, del sol, cantando preciosas canciones que me hacían llevar el peso de los alimentos con más alegría.

Debo agradecerle todo eso, pero no puede pretender que cuando al fin se han cumplido mis predicciones (el terrible frío del invierno blanco), nutra con mi trabajo su casa, abandonada todo el año.

Confieso que me da pena, porque no creo que sea un mal animal. Ya he dicho que me encanta oírla cantar, y también disfruto con el sol... Pero a mi me enseñaron a hacer esto desde pequeña. Guardar y guardar, trabajar y trabajar, prepararse para cuando vienen tiempos peores. Además, aunque le ayudase, volvería a las andadas. Es incorregible, nunca cambiará, os lo garantizo.

Ahora me vais a perdonar, pero se me escapa el calor de la casa con la puerta abierta, hablando con vosotros, y en la tele empieza mi programa favorito.